

Lo que trajo el río

EN una tarde apacible, tras un paseo por su querido bosque, la bruja Pamplinas y Luf se refrescaban los pies en el río Sin. Salpicaban grandes y redondas gotas de agua, que resplandecían bajo el sol como si fuesen diamantes. Las dos amigas se reían de gusto y escuchaban el trinar de los pájaros y el zumbido de los insectos, que, juntos, formaban una bella melodía.

De pronto, los pájaros callaron y los insectos dejaron de zumbar. Un

inquietante silencio invadió el río.



—¡Mira, Pamplinas! —señaló Luf una extraña barca negra, que se deslizaba lentamente por el agua—. Hay algo en el río. Y viene hacia aquí.



—Sí, ya lo veo —contestó la bruja—. Pero no sé lo que es. ¿Puedes ir a investigar?

—Por supuesto —se ofreció, sin dudar, la lechuza.



Luf voló hasta el misterioso objeto. Al acercarse a él, se detuvo en el aire muy impresionada, abrió desmesuradamente los ojos y agitó sus alas con tanto nervio, que se puso a dar volteretas en el aire.



—¡Es un ataúd! ¡Es un ataúd!